

René Avilés Fabila

Réquiem por el Águila Negra

Guillermo Vega Zaragoza

Ha sido un duro golpe la noticia de la muerte del escritor y maestro René Avilés Fabila (1940-2016), sobre todo por tratarse de un hombre en plenitud de facultades creativas, que se mantenía vigente y productivo a través de sus libros, sus columnas periodísticas y sus clases universitarias. Pero la maldita muerte no reconoce nada de eso y se lo llevó en domingo, de un infarto fulminante.

Además de la calidad de su amplia obra literaria, que incluyó novelas, cuentos, crónicas, memorias, ensayos y artículos, me interesa resaltar su generosidad para con los jóvenes, tanto en las aulas de la UNAM y de la UAM, como en las páginas de las publicaciones que dirigió, tales como el suplemento “El Búho” de *Excélsior* y su revista *El Universo del Búho*, donde aceptó incluir algunos textos míos. Tuve el gusto de tratar con él personalmente en diversas ocasiones a lo largo de los años y no obtuve más que apoyo y atenciones. Siempre con una sonrisa, atildado e impecablemente vestido, era buen bebedor y gran charlista sobre temas literarios, políticos y eróticos.

Desde luego, mi primer encuentro con el Águila Negra —que era uno de los coloridos apodos que le endilgaban sus amigos— fue a través de sus libros, empezando con *El gran solitario de Palacio* (1971), ficción política compuesta a partir de los hechos de 1968; *Los juegos* (1967), denuncia y retrato sardónico de la autollamada “mafia literaria” que dominó el medio cultural mexicano desde mediados del siglo xx; *Tantadel* (1975) y *La canción de Odette* (1982), amorosos retratos de mujeres seductoras, misteriosas y excepcionales; y luego con sus obras de madurez: *Réquiem por un suicida* (1993), donde ex-

plora en forma de novela “el único problema filosófico verdaderamente serio”, como dijo Albert Camus; *El reino vencido* (2005), incisivo relato del fracaso de una vida desencantada, y *El amor intangible* (2008), donde aborda el tema de las relaciones amorosas a través de Internet.

Por cierto, hay que destacar que, a diferencia de otros autores mexicanos, René era un entusiasta de la tecnología digital: cuenta con uno de los sitios de escritor más robustos y completos; puso a disposición del público, totalmente gratis, el acervo de su revista *El Universo del Búho*, que mantuvo en papel durante años casi sin ningún tipo de apoyo institucional y que distribuía gratuitamente; además, era un entusiasta participante de las redes sociales, lo que lo acercaba aún más con sus lectores, sobre todo los más jóvenes, quienes lo empezaron a conocer gracias a la reciente edición de sus obras completas.

Alumno destacado del célebre taller de Juan José Arreola en los años sesenta, René cultivó el cuento fantástico, uno de los géneros en los que más destacó, con más de 25 libros, entre colecciones y antologías, de los que entresaco tan sólo algunos títulos: *Hacia el fin del mundo* (1969), *La lluvia no mata las flores* (1970), *La desaparición de Hollywood (y otras sugerencias para principiar un libro)* (1973), *Fantasías en carrusel* (1978), *Lejos del Edén, la Tierra* (1980), *Los oficios perdidos* (1983), *Los animales prodigiosos* (1989), *Borges y yo* (1991), *Todo el amor* (1995), *El bosque de los prodigios* (2007) y *El evangelio según René Avilés Fabila* (2009).

Desde el principio de su carrera pública y literaria, René siempre se destacó por su talante crítico, por ex-



René Avilés Fabila

ternar su opinión con inteligencia y sin tapujos, lo que le acarreó múltiples controversias y enemistades. Estudiante de ciencias políticas en la UNAM y en la Sorbona de París, simpatizó con la ideología marxista, para luego desencantarse de las mañas de la infumable e inexistente “izquierda” mexicana a la que fustigó implacablemente en sus *Memorias de un comunista (maquinoscrito encontrado en un basurero de Perisur)* (1991). En sus artículos de opinión, además de los temas literarios, al mismo tiempo que reconocía aciertos (pocos), se encargaba de criticar los desatinos de la clase política sin importar bandos.

Se le identificó con la literatura de la Onda, sobre todo por la proximidad con su entrañable amigo José Agustín (llegaron a publicar juntos un primer librito de cuentos), pero los intereses de René estaban más allá del rock, las drogas y la cultura pop, aunque era un gran conocedor de todo ello; sus libros tienen un aliento más amplio y ambicioso, la gran literatura y sus temas: el amor y el deseo, la vida y la muerte, lo cotidiano y lo fantástico, todo lo cual lo abrevó de sus maestros: Poe, Arreola, Borges, Sabato, Kafka, Sade, Quiroga, Rulfo, Revueltas...

Aunque a lo largo de los años contó con el reconocimiento de los lectores (que, a fin de cuentas, es lo realmente importante para un verdadero escritor) y tuvo múltiples reediciones de sus libros, en su momento su obra fue acogida de manera tibia (por decir lo menos) por la crítica predominante y se le escamotearon los principales premios literarios de nuestro país como el Villaurrutia o el Nacional de Ciencias y Artes, que han sido otorgados a escritores nimios con muchos menos merecimientos

que René. Sólo recientemente, sobre todo diversas instituciones educativas le rindieron los honores que le correspondían por su sostenida labor literaria y académica.

La última vez que lo vi en persona (pues frecuentemente nos saludábamos por las redes sociales) fue en Parque Lira, donde se ubicaba el malogrado Museo del Escritor, que creó y dirigió. Fue su sueño hecho brevemente realidad, abortado por el desinterés de los representantes políticos delegacionales en turno. Era el primer museo de su tipo en nuestro país, en el que mostraba al público un importante acervo —reunido con paciencia y devoción a través de los años— de materiales de escritores mexicanos, desde máquinas de escribir, originales de obras, cuadernos de notas, primeras ediciones autografiadas y fotografías. Recuerdo, por ejemplo, que se exhibían el escritorio de la oficina de Edmundo Valadés y la gran mesa donde sesionaban Rulfo, Elizondo y Arreola, entre otros, en el Centro Mexicano de Escritores, donde René fue uno de los primeros becarios.

Junto con su inseparable esposa Rosario, esperamos la llegada del joven escritor Israel Pintor, quien fue alumno de ambos y entonces coordinaba una colección de libros electrónicos en una editorial española lamentablemente ya desaparecida, donde tuve el orgullo de compartir cartel con René. Luego nos fuimos al Bar Nuevo León de la Condesa donde el Águila Negra, siempre chispeante y lúcido, aderezaba los tragos con anécdotas del mundillo literario. Así es como quiero recordar siempre al maestro René Avilés Fabila: sonriente, completo, pleno. **U**